

**EL DR. MANFRED KERKHOFF,
APETITOS DIONISIACOS Y LOS ORÍGENES
DE LA SOCIEDAD PUERTORRIQUEÑA
DE FILOSOFÍA**

RAFAEL ARAGUNDE

Fue un comienzo accidentado. Manfred Kerkhoff probablemente no se lo hubiera adjudicado al *kairós*. Lo que ocurrió se hubiera podido haber descrito como a destiempo. No se dio justo en el momento en que se suponía que se diera.

Me parece curioso que al comenzar a redactar estas oraciones haya caído tan pronto en la red de las consideraciones que el Dr. Kerkhoff profundizó magistralmente, pero a las que hacía referencia livianamente, con esa liviandad que por supuesto caracteriza solo a aquellos que no se cansan de profundizar.

Unos jóvenes Francisco José Ramos y este servidor –no contábamos con treinta años todavía– deseábamos nutrirnos del amplio conocimiento que él tenía sobre el filósofo alemán Friedrich Nietzsche. Teníamos disertaciones en progreso, Francisco José Ramos en Madrid, yo en Salamanca, y ambas giraban en torno al pensador de los largos bigotes. Se nos habían dado dos nombres, nombres que a mí me sugerían dimensiones metafísicas poco caribeñas. Me refiero desde luego a Ludwig Schajowicz y a él, Manfred Kherkoff. Creo que FJR estaba más familiarizado con ellos que yo y yo me la pasé días pensando cómo eran estos dos estudiosos que nos habían recomendado como extraordinarios

conocedores del filósofo que tanto nos interesaba. Todavía recuerdo como dos colegas –profesores del Recinto de Río Piedras– al indicarnos que estas eran las personas a las que debíamos acudir –me comentaban con cierta perplejidad ingenua que cuando Kerkhoff y Schajowicz se reunían repasaban detalladamente, como si se tratara de una conversación sobre estadísticas deportivas, los argumentos traídos a colación en los últimos artículos que se habían publicado en revistas y periódicos de todo tipo en torno a Nietzsche. Estos amigos solo reconocían la disciplina germana, al decir de ellos mismos, pero perdían de vista lo que nosotros habríamos de descubrir muy pronto: la pasión, tanto del austríaco Schajowicz como del tudesco Kherkoff. No podía ser de otra manera y a mí por lo menos me entusiasmaba que mediara aquella intensidad pues ¿cómo estudiar con seriedad a Nietzsche y no sentir que en sus múltiples escritos este siempre exige que se tome una posición clara frente a sus concepciones, «un sí, un no, una línea recta»¹, según él mismo planteara?

FJR y yo nos pusimos de acuerdo de que sería al Dr. Kerkhoff a quien abordaríamos en primer lugar y el colega acordó con él, o con alguien que le conocía, que habríamos de visitarlo en el apartamento que ocupaba en el complejo de viviendas conocido como el Monte que compartía con Damaris Vilar, su compañera. Naturalmente acudiríamos con entusiasmo para conversar con él sobre nuestros respectivos proyectos de investigación. Pero parece que se nos había perdido –probablemente nunca lo tuvimos en nuestras manos y no era todavía época de teléfonos que se llevan en el bolsillo– el número del apartamento, ni tan siquiera en qué parte de aquellos edificios quedaba este. Así que caminamos durante un par de horas por extensísimos pasillos que parecían interminables, sin atrevernos a gritar y más bien con las esperanzas de encontrar a alguien conocido por nosotros que lo conociera a él también, apostando a un encuentro oportuno que, según adelanté, no se consumó en aquel momento. Regresamos entonces a nuestros respectivos hogares riéndonos a mandíbula abierta. Recuerden aquel presocrático que por

¹ Nietzsche, F., *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid: Alianza, 1973, p. 36, aforismo 44 de primera parte.

andar, supuestamente, contemplando las maravillas celestiales, cayó en un hoyo. Valiéndome otra vez de ecos kerkhoffianos, debo decir que el tiempo parece no haber estado de nuestra parte. Creo que esto ocurrió hacia el 1977, hace cuarenta años, aunque pudo haber sido un poco después.

Pero pronto pudimos conversar con el Dr. Kerkhoff. Al profesor Ludwig Schajowicz –por lo menos yo– lo vería alguna que otra vez cenando en el hogar de Manfred y Damaris, pero no se desarrolló con él la confianza ni la amistad que crecería con quien pronto, tal como esperábamos, se convirtió en imprescindible asesor de nuestras investigaciones.

No recuerdo exactamente cómo fue que lo decidimos, pero el escenario en el que nos beneficiamos de su vasto saber pasó de Río Piedras a las montañas de Cayey, justo en el lugar que todavía habito, con vista hacia la cordillera de brisas templadas hacia el norte y el noroeste por un lado, y con vista al caluroso mar Caribe, hacia el sur, por el otro lado. Allí, como muestran algunas fotografías, hacíamos algo más que filosofar.

Lo que era un trío pronto pasó a ser un cuarteto que como escribe el mismo Manfred en la «Presentación y dedicatoria» del libro *Filosofía del desencanto, Nietzsche en Puerto Rico*, hubiera «descuartizado» el pensamiento del filósofo de haber seguido con la idea de que los miembros de lo que él también llamó el *Círculo Nietzscheano de Cayey* publicáramos un libro sobre el filósofo en torno al cual pasábamos horas largas discutiendo². Creo que fue Francisco José Ramos quien invitó a Walter Murray Cestero, a raíz de las presentaciones que este hiciera en las acostumbradas tertulias filosóficas que el primero celebraba ya entonces en el Viejo San Juan. Walter, como este servidor y como Francisco José también, había trabajado en *El nacimiento de la tragedia* en su tesis de maestría o licenciatura. Una coincidencia que definitivamente decía más sobre los escritos de Nietzsche que sobre nosotros.

² Kerkhoff, Manfred, Editor, *Filosofía del desencanto, Nietzsche en Puerto Rico*, San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998, pp. VII y 14.

Así que éramos cuatro, quienes con nuestras respectivas compañeras y de vez en cuando otros invitados, nos engreíamos con costillas, Porterhouses (aportaciones de Manfred y Damaris), churrascos, *t-bones*, *sirloins*, (aportaciones de Walter y Cynthia) acompañados por cervezas, al principio, variedad de vinos en el proceso y cuando cenábamos (aquí Francisco fungía de insobornable sommelier), e igualmente diversos aguardientes, principalmente *schnapps würzburguense* y pitorro cayeyano hacia el final (cortesía de la casa), a la vez que fumábamos sendos tabacos puros. Aunque Manfred no, pues él traía cigarritos mucho más refinados. Y todo esto mientras cocinábamos con prisa la leña húmeda de los alrededores porque la noche caía y ya pronto no podríamos distinguir si las carnes, pelotón de carnes que asábamos con batata amarilla, estaban adecuadamente cocinadas. Cuando las platos y las carnes despejaban la mesa, quiero decir los huesos sin máculas, aparecía una de las deliciosas tortas o bizcochos de manzana o de almendra que Úrsula preparaba, pero los puros, el pitorro y las polémicas en torno a si Nietzsche había querido decir esto o lo otro, no por ello hacían pausa.

Aquellos apetitos dionisiacos que se apoderaban de nosotros eran ritos de algo, no me atrevo a decir de fertilidad, muy a la nuestra. ¿Cómo se podía comer tanto, beber tanto, fumar tanto?, escuché decir en más de una ocasión a algún invitado que no tenía la menor idea del contenido, ni siquiera el título, de aquel inspirador, en tantos sentidos, escrito inicial del pensador objeto de nuestro empeño por filosofar, *El nacimiento de la tragedia*, y había tenido que elevar su copa frecuentemente para celebrar una divinidad que no podía identificar muy claramente. Y de Jesús de Nazaret no se trataba.

Fue el Dr. Kerkhoff quien expresó un día que aquello era como Sils María, el rincón en el sureste de Suiza que Nietzsche, como filósofo solitario, frecuentó durante los veranos de sus últimos años de salud³. Se acostumbra pensar que allí, en aquellos elevadísimos picos, era donde había tomado conciencia de su noción del eterno retorno. Sea como

³ Ibid., p. 14.

fuera allí pasó siete veranos y allí trabajó en los apuntes que eventualmente se convertirían en sus libros más importantes, desde *La gaya ciencia*, pasando por *Así habló Zaratustra*, hasta *Más allá del bien y del mal* y *Crepúsculo de los ídolos*, entre otros. Nuestra Sils María auspiciaba reflexiones, intensas desde luego, pero sobre todo peroratas apasionadas sobre la filosofía –todos los que nos acompañaban pueden dar fe de ello– pero no había tiempo para sacar los cuadernos que a Nietzsche le fascinaban y que se podían comprar hace algunos años en cualquier esquina de Europa, aunque en más de una ocasión Francisco José sí sacaba una de sus tarjetitas para anotar algo que no quería olvidar.

Los encuentros de los sábados por la tarde en la Altura de Cayey, 820 metros sobre el nivel de las preocupaciones humanas como Nietzsche nos había enseñado a decir precisamente en las temporadas en que visitaba Sils María, hoy demasiado cerca de St. Moritz y Davos, nos permitían ciertamente ventear algunas dudas o curiosidades sobre pasajes del filósofo con Kerkhoff, en una esquina o mientras los demás permanecían alejados. Pero en realidad el tiempo se nos iba, creo que felizmente, en experimentar todo lo que Nietzsche no había podido vivir, según sus cartas y lo que sus amigos y biógrafos escribieron sobre su vida. Escribo felizmente con toda la intención de recordar lo que tanto Aristóteles como Epicuro nos sugieren sobre filosofar entre amigos. ¿Habrá algo que dé más placer? ¿Hubiera podido Nietzsche ser parte de aquellas libaciones? ¿Hubiera sido él capaz de comerse hasta dejarla desprovista de toda huella de carne alguna de aquellas costillas que nos remitían a la Grecia que él nos había enseñado a querer? Imposible, pues si hasta el té un poco cargado le sentaba mal, según ha escrito Walter Kaufmann. ¿Acaso no era que en cierto modo, según lo han hecho otros jóvenes en el último siglo, nos sentíamos obligados a incurrir en aquellas inocuas exageraciones juveniles en su nombre?

Una especie de undécima tesis de Nietzsche parecía exigirnos algo más que comentar –aunque fuera en todo momento– las ideas del pensador solitario. Ella decía más o menos así: «el filósofo que nos interesa se limitó a insistir en que la vida debe ser celebrada de distintos modos, pero de lo que se trata es de celebrarla». Tengo que decir que en más de

una ocasión el profesor Kerkhoff abrió un poco más los ojos y con su baja voz exclamaba *Ach du liebe*, suprimiendo me imagino que a propósito el término tiempo (*Zeit!*) que sigue en la frase alemana que se repite comúnmente, sorprendido me imagino por las locuras que se nos ocurrían, pero mostrándose solidario con estos caribeños dados a *carnavalizarlo*, ¿o canibalizarlo?, todo, quienes no accidentalmente consumían excesos de carne.

Un sábado de aquellos el Dr. Kerkhoff nos informó que había aceptado desempeñarse como director del Departamento de Filosofía del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y que había estado pensando en celebrar unas actividades que a nosotros nos podían interesar. Le parecía que debía de haber una lista de todos los profesores de filosofía del país y que se debía celebrar un encuentro en el que se discutiera la didáctica de la filosofía. Esta fue la semilla de la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía porque de la lista pasamos a crear la organización, así como el tema de la didáctica sentó las bases para una jornada de discusión recurrente, la presentación de escritos o investigaciones filosóficas en que se estuviera trabajando.

La preocupación por la posibilidad de filosofar desde Puerto Rico fue un tema que aquel alemán que se había esforzado tanto por estudiar con seriedad la cultura maya, reconoció en algunos de nosotros y comentó en su introducción al libro *Nietzsche en Puerto Rico*⁴. Creo que él mismo respondió a tal interrogante en el que considero uno de sus trabajos más interesantes, titulado «La temporalidad posmoderna», el cual constituye el decimoséptimo capítulo de su valiosísimo libro *Kairos*⁵. Allí, creo que revelando uno de sus pareceres filosóficos fundamentales, plantea que la filosofía confronta un gran reto en nuestros días, días «en la que la temporalidad ha quedado des-anclada de su suelo firme (la eternidad/la inmortalidad)....»; días en los que «tenemos que renunciar... a

⁴ Ibid. p. 20.

⁵ Kerkhoff, Manfred, *Kairos, Exploraciones ocasionales en torno a tiempo y destiempo*, San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997

definiciones y decisiones, a razones de ser y seguridades...»; lo que es equivalente «a un error sin propósito, a un triunfo del quizás, y de la sinrazón»⁶. Según él, se trataba de «una jugada del destino (de Occidente) que podrá –y debería obligarnos–», sigue diciéndonos, «a deshacernos, en lo posible, de una cronovisión que, de todos modos, está perdiendo vigencia en todas partes»⁷. ¿No se decantaba en esto fiel al momento, a la ocasión, al instante y le daba la espalda a una concepción del tiempo obsesionada con las metas, los grandes finales, a fin de cuentas con la salvación?

Pero ¿cómo confrontar todo esto? ¿Cómo atender lo que nos dice él que diagnosticaron Nietzsche, Heidegger, Foucault, Lyotard y Derrida? La respuesta que nos ofrece para atender este dilema es otra interrogante, pero no deja de ser una contestación clara. «¿Cómo entonces pensar no filosóficamente, un tiempo posfilosófico»⁸?, es lo que responde.

Y, *mutatis mutandi*, con respecto a la realidad nuestra, ¿cómo no pensar filosóficamente la posibilidad de que se pueda o no se pueda hacer filosofía en Puerto Rico? En Manfred Kerkhoff tuvimos a alguien que con sus escritos, sus conversaciones y su amistad generosamente impulsó tal inevitabilidad. Le tenemos que estar muy agradecidos. Y los que han leído a Heidegger, conocen el estrecho vínculo que podría haber entre dar gracias y pensar.

⁶ Ibid., p. 330.

⁷ Ibid., p. 332.